

Segundo Montes

En torno a la estructura social salvadoreña

RESUMEN

La estructura de una sociedad, a pesar de ser tan real y consistente, es mucho más compleja que las categorías analíticas y se resiste a ser encasillada. Los dos elementos del análisis de clases, el objetivo y el subjetivo, de hecho son difíciles de medir y cuantificar en una sociedad como la salvadoreña. El autor intenta acercarse a esa realidad estructural con otra metodología para detectar ambas dimensiones, ya sea por la participación en los beneficios sociales para cada uno de los "estratos", ya sea por la participación política de sus integrantes. Las conclusiones a las que llega, si bien no son las de un estricto análisis de clases, no se alejan mucho de las mismas en cuanto a su contenido. El artículo está fundamentado principalmente con los dos estudios del mismo autor, uno sobre estratificación social y el otro sobre el campesinado salvadoreño.

1. Introducción.

Una sociedad nacional está estructurada y organizada para servir a un proyecto determinado de nación. Esto no implica que dicha sociedad sea homogénea ni tampoco el que en su seno dejen de existir conflictos y tensiones que pueden llegar a ser antagónicos; tampoco quiere decir que todos sus integrantes —como individuos o como grupos sociales— hayan optado por ese proyecto concreto, que les puede haber sido impuesto por un grupo dominante que crea o consolida un aparato del Estado para lograr que todos se sometan a él. Efectivamente, pueden existir en su interior distintas nacionalidades y etnias, diferentes grupos y clases

sociales, minorías dominantes y mayorías oprimidas. Pero se encuentran estructuradas y subordinadas a un objetivo, interrelacionadas e interdependientes unas con otras, mientras se mantiene la unidad de la sociedad y los conflictos y antagonismos no estallan en una revolución que organicé la sociedad de acuerdo a otro proyecto distinto.

Creo que lo anterior es válido en cualquier marco teórico que se quiera interpretar. Para el funcionalismo, en efecto, se dará una finalidad en el sistema, para el que todos los elementos inferiores son integrantes por la función que desempeñan en el conjunto. El marxismo lo explicará por la coexistencia de dos clases fundamentales y antagónicas, pero que se constituyen y se definen a sí mismas precisamente por oposición a la otra.

También la teoría de la dependencia tratará de explicar, por medio de la reproducción del esquema dominación-dependencia —que se da entre los centros hegemónicos y los países de la periferia— al interior del país dependiente, y conservando las variables introducidas por la dependencia externa, la estructura social de los países del Tercer Mundo.

En El Salvador, en la actual coyuntura en la que las tensiones y los conflictos sociales han hecho eclosión en una verdadera revolución, producto de la lucha de clases (Campos; López Vallecillos, Martín-Baró; Montes, 1980, 220 y ss.; Samayoa), se puede sostener que ha existido y existe una minoría —me abstengo, de momento, de categorizarla como clase social, o no— que ha impuesto al resto de la sociedad un proyecto de nación que beneficia sus intereses a costa de los de las grandes mayorías, sirviéndose para ello de todos los mecanismos del Aparato del Estado (Andino Martínez; Departamento...; Montes, 1980a). Si bien ya casi no se puede hablar de minorías étnicas oprimidas —sobre todo después del exterminio y de la ladinización de la población indígena, subsiguiente al alzamiento indígena y campesino de 1932—, las grandes mayorías, tanto de la ciudad como, y sobre todo, del campo subsisten en una situación de explotación y opresión de parte de esa minoría, mientras las “clases medias” tienen escasa relevancia en el contexto social salvadoreño.

En medio de este conflicto social explosivo, mientras la estructura se desmorona para engendrar una nueva, la batalla, más que a nivel militar, se libra en el terreno ideológico desde ambos bandos (Flores Pinel; López Vallecillos; Martín-Baró), sin que se vea libre de ella una de las principales instancias ideológicas de El Salvador, la Iglesia Católica (Paredes; Sobrino).

Trataré de analizar la estructura social salvadoreña, aunque no sea en gran profundidad, sino más bien casi en forma descriptiva, dado que ya lo he realizado en otras obras citadas, pero que para el lector que desconozca esa realidad puede iniciarle en el estudio de las mismas.

2. El problema de las clases sociales.

En El Salvador, ciertamente, existen clases sociales, objetivas y subjetivas, clases en sí y clases para sí; existen las dos clases fundamentales, antagónicas como en pocos sitios, y actualmente enfrentadas en una lucha de clases incluso arma-

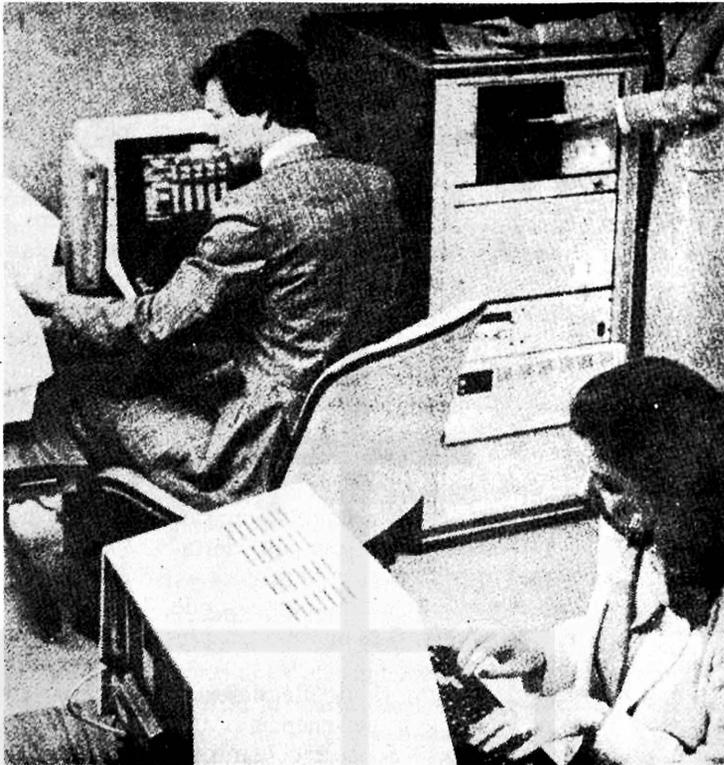
da; y también existen, aunque minoritarias y divididas, las llamadas “clases medias”. Sin embargo, es preciso profundizar un poco en el análisis de las clases sociales, ya que no es algo mecánico su aplicación a una realidad concreta, y ya que se dan muchas interpretaciones distintas dentro de la categoría de “clases sociales”.

Si nos atenemos al dato objetivo, a la realidad material, podemos afirmar que en El Salvador existen fundamentalmente dos clases sociales “en sí”, antagónicas: una minoría —que no llega al 2%— poseedora de los principales medios de producción, y una inmensa mayoría —superior al 80%— que se debate por subsistir en una situación de miseria; mientras el resto se estratifica en posiciones económico-sociales, de cierto privilegio respecto a la mayoría, pero a la vez víctimas en alguna forma de la explotación del grupo dominante nacional o hegemónico. Dentro de la clase explotada, en fin, el campesinado —que, por otra parte, es mayoritario entre la población total— es el que sufre el mayor grado de explotación y de opresión (Montes, 1979a, 296-325; 1980).

Sin embargo, la aplicación de la categoría analítica —para el caso, de las clases sociales— a una realidad concreta, no puede ser simple, dogmática ni mecanicista; tres hipótesis pueden formularse al respecto: ya sea porque la misma categoría no esté suficientemente definida, ya sea porque la realidad histórica es más compleja, ya, en fin, por que tal vez la clase social no se configura como tal por el sólo dato material y objetivo sino que también por el elemento subjetivo e ideológico: la conciencia de clase para formar la “clase en sí”.

La misma categoría, en efecto, no está suficientemente definida —salvo en sus rasgos más generales y abstractos—, por lo que se recurre a subdivisiones, como “clases dominantes, u oprimidas”, “subclases”, “sectores, o fracciones, de clase”, etc., que le quitan la simplicidad del análisis primigenio. Y esto no tanto por el hecho de que Marx no elaborara suficientemente el concepto o la categoría de clase social, sino probablemente por la segunda hipótesis enunciada: porque la realidad histórica es más compleja.

Para el caso de El Salvador ya lo he analizado en la discusión teórica de la estratificación social (Montes, 1979a, 74-98), y sólo presentaré aquí los interrogantes más sobresalientes. Si la clase dominante es la “oligarquía”, ésta se reduce a “las 14 familias”, que más bien serían un



clan 'nótese que están vinculadas estrechamente por parentesco o por compadrazgo— o un estamento, pero, difícilmente una clase social. Por otro lado debería estar la burguesía, como clase distinta, y con intereses encontrados, pero la realidad salvadoreña es que ambas tienen no sólo intereses comunes, sino que también una integración e identidad de origen (Colindres; Montes, 1980, 185-219).

En el extremo opuesto, la mayoría explotada, si bien es cierto que se divide fundamentalmente entre campesinado y población urbana, pero ambos sectores padecen las consecuencias de una situación objetiva socio-económica muy similar, a la vez que tienen alianzas y vinculaciones orgánicas a nivel de conciencia y a nivel político; si una primera percepción pudiera mostrar la existencia de un abundante "lumpen" tanto en el campo como en la ciudad, la profundización en la investigación y en el análisis nos mostrará que no es verdadero lumpen, estrictamente hablando, pues la mayor parte de esa población ejerce el "subempleo" o el "empleo temporal", ya que otra alternativa no les ofrece el sistema, y alguno de los miembros del grupo familiar "trabaja" (Montes, 1979a, 134-137; 1980, 222-240). Y por lo que respecta a las llamadas "clases medias", además de ser minoritarias y estar muy divididas en su interior, a mi juicio no se les puede aplicar con rigor la categoría de

clases sociales (Montes 1981, 755-5).

Pero hay todavía más dificultades para la aplicación rigurosa de una categoría social como la indicada. En un país subdesarrollado, y con los niveles que muestran los diversos indicadores sociales, el simple hecho de tener una vivienda de construcción sólida, o de tener trabajo permanente, de estar sindicalizado, de tener estudios de nivel medio o superior, de poseer un medio de vida independiente (pequeña propiedad agrícola, pequeño comercio, vehículo de transporte comercial propio, etc.) —a pesar del proceso de descampesinización y pauperización, o del de absorción de las empresas mínimas de subsistencia por las mayores o por las monopólicas (Montes, 1980, 84-153)— ubica a sus beneficiarios en escalas sociales segregantes. Por otro lado, la mediana y pequeña propiedad, capitalista o semicapitalista, dificulta la clasificación de clases de acuerdo a la propiedad de medios de producción y a la explotación de la mano de obra, al no estar claros los límites. Por último, el que el país no sólo sea subdesarrollado, sino que a la vez —y precisamente es subdesarrollado debido a que es dependiente—, introduce nuevas variables, ya sea en todas las categorías sociales, ya sea, y sobre todo, en un grupo de personas que trabajan para las empresas multinacionales o para las nacionales articuladas al mercado hegemónico y que impone sus reglas.

La tercera hipótesis (que la clase social se configure también por la conciencia de clase), no debe ser rechazada sin un previo análisis a fondo. Y no se trata únicamente del caso de las "clases medias", que por no serlo, a mi juicio, ni tener verdadera conciencia de clase sino una conciencia individualista, permiten solidaridades con las clases antagónicas y, en definitiva, apostar por el ganador —aparte de las fidelidades egoístas—. Se dan casos de pertenencia a la clase dominante, objetivamente, unidos a una opción por la clase dominada —el de Enrique Alvarez Córdova, miembro de la oligarquía salvadoreña y Presidente del Frente Democrático Revolucionario, que le costó el ser secuestrado y asesinado, ciertamente no es el único, pero sí es esclarecedor—. Sin embargo, no es en la clase dominante donde el fenómeno al que me refiero es interesante, por ser excepcional.

En la clase dominada es donde desearía centrar mi análisis, ya que la pertenencia a una misma clase social objetiva no despierta la misma conciencia de clase, y conduce a opciones políticas opuestas: la una de clase, y la otra alienada. A lo largo de todo el estudio sobre el campesinado (Montes, 1980) he podido comprobar la profunda división que en él se da entre los afiliados a ORDEN —organización anticomunista fomentada y promovida por el gobierno y la oligarquía-burguesía— y las organizaciones po-

pulares que sustentan un definido contenido de clase. Pues bien, la opción no sólo está condicionada por la propiedad de la tierra y su dimensión, sino que entre los proletarios y semiproletarios que comparten una misma realidad material se da casi una misma proporción en la opción por una de las dos alternativas antagónicas, incidiendo en ello variables que no todas son de índole material.

Por último, el factor ideológico, no sólo de la concientización política estrictamente dicha, sino también, y sobre todo, de la religión, ha jugado un papel decisivo para la toma de conciencia —o no— de clase y para la opción política subsiguiente (Paredes; Sobrino; Montes, 1980, 220-266 y 317-336). Se advierte una marcada diferencia entre la toma de conciencia y las opciones políticas de los seguidores de la mayoría de las religiones no-católicas —alienantes, para el caso—, y las de los de la católica; pero tampoco es uniforme la identificación de los católicos de base con el compromiso popular y de clase, sino que depende de la orientación pastoral de dicha confesión, ya que donde se ha fomentado una teología y una pastoral de liberación el compromiso con la organización popular es predominante, mientras que donde se mantiene la forma tradicional la opción predominante es la alienante.



Insisto, en El Salvador ciertamente se dan clases sociales, y agudos antagonismos entre ellas, hasta el punto de que en el momento actual la lucha de clases ha llegado al enfrentamiento armado. El dato material y objetivo es el más claro, como ya se ha mostrado aquí y en la bibliografía citada. Sin embargo, la configuración total de las clases sociales, en su elemento material y en el ideológico, no queda suficientemente esclarecido como para percibir la estructura social salvadoreña. Se escapan muchos aspectos de la realidad social, que no logran encajar perfectamente en esta categorización. Por lo que será conveniente intentar una categorización objetiva y medible —que también, y a su vez, dejará escapar otros muchos aspectos de la realidad social compleja—.

3. En busca de un criterio medible.

Puesto que no existe una correlación elevada entre la pertenencia a una clase social y la ideología y opción de clase correspondiente, juzgo que será más operativo para el análisis de la estructura social salvadoreña el separar ambos aspectos, y buscar criterios medibles para cada uno de ellos. Para el aspecto material se pueden utilizar variables cuantificables, y para el ideológico-político la pertenencia a organizaciones populares.

La ubicación material y objetiva de los individuos y de las familias se puede establecer por medio de la categoría de “estratos”, despojando al concepto de la connotación funcionalista que pueda tener —de hecho, en mi estudio sobre estratificación social en El Salvador lo enmarco en la teoría de la dependencia.

La realidad socio-económica se puede cuantificar en una serie de variables —cada una de ellas compuesta por diversos ítems—, como son: inmovilidad migratoria, densidad de personas por dormitorio, calidad de la vivienda, nivel económico (que incluye trabajo permanente de los miembros de la familia, ingresos económicos, gastos, etc.), nivel de estudios de los miembros de la familia, y nivel de aspiraciones.

El análisis estadístico de los resultados obtenidos en la investigación —con las limitaciones metodológicas y de representatividad explicitadas en el Estudio— da por resultado que en El Salvador existen cinco estratos significativamente diferenciados. El primero de ellos, y el más numeroso —más del 80% de la población— está

compuesto por las mayorías rurales y urbanas, con niveles ínfimos en los indicadores, y que se le puede considerar como de “marginados”. En este estrato predomina una gran movilidad migratoria en busca de trabajo, con la consiguiente desintegración familiar; una densidad de más de dos personas y media por dormitorio; la carencia de trabajo permanente en una gran parte de los jefes de familia; viviendas marginales y deleznable; ingresos familiares inferiores a los 50 US dólares mensuales; y predominancia de analfabetismo en los padres de familia, aunque los hijos van más a la escuela, ordinariamente hasta el segundo o tercer grado de escolaridad.

El siguiente estrato, estadísticamente diferenciado del anterior, comprende a la parte más elevada del proletariado urbano, a un sector rural de pequeños propietarios, y a los niveles inferiores del sector terciario de la economía (maestros de primaria, bajos empleados de la administración y del comercio y servicio). Su porcentaje es inferior al 10% de la población total; habitan en viviendas de construcción sólida —muchas de ellas de protección estatal— pero de mala calidad y de pequeña extensión; tienen menos movilidad migratoria; el jefe de familia ordinariamente posee trabajo permanente; los ingresos familiares oscilan alrededor de los 200 US dólares mensuales; el nivel educativo alcanzado suele estar en la primaria (para muchos de ellos no concluida); y la densidad por dormitorio es de dos personas. A este estrato se le puede denominar como de “bajo alto”.

Por encima de estos dos, y significativamente diferenciados de ellos, se encuentran los estratos medios, también diferenciados significativamente del superior. Los valores de las variables contempladas van ascendiendo progresivamente, para alejarse de los estratos inferiores y acercarse a los del superior, pero sin traspasar las barreras que los separan. Entre ellos hay diferencias estadísticamente significativas en todas las variables contempladas, menos en el nivel de estudios, llegando incluso a tenerlo más alto los pertenecientes al estrato “medio-bajo”. Esta constatación me ha llevado a plantear tres hipótesis alternativas, para optar por la que sostiene que hay diferenciación entre ambos estratos, pero que la variable educativa es un vehículo de movilidad social que está modificando la configuración interna de los diferentes estratos y el ascenso de los individuos y de las familias. En el “medio bajo” estarían comprendidos muchos empleados

medios, trabajadores cualificados, pequeños propietarios urbanos y los medianos rurales, sin llegar entre todos a un 5% de la población total; viven en casas individuales, pero pequeñas, antiguas, o de no muy buena calidad. Por su parte, en el "medio alto" están comprendidos la mayor parte de los profesionales y funcionarios de mayor categoría, medianos propietarios urbanos y grandes rurales, para constituir en torno al 3% de la población; habitan casas de buena construcción en las colonias residenciales de reciente construcción en serie; sus ingresos pueden oscilar entre 800 y 1,200 US dólares.

En el estrato "superior", significativamente diferenciado de todos los demás, se encuentran los propietarios de los grandes medios de producción y la alta burguesía, sin llegar a constituir el 2% de la población del país. Sus viviendas están ubicadas en lujosas zonas residenciales, compuesta de verdaderas mansiones, con una densidad de 0.5 personas por dormitorio, y con ingresos mensuales "reconocidos" que en algunos casos superan los 13,000 US dólares.

No creo que sea necesario el establecer más comparaciones entre los distintos estratos, ni lo permite tampoco la extensión de este trabajo, y ya están en el estudio citado. Pero sí quiero recalcar que esto no es un fenómeno dicotómico y desarticulado, sino que responde a toda una estructura social. El estrato minoritario obtiene todos los beneficios, a costa de los dos inferiores —que juntos constituyen por lo menos el 90% de la población—, carentes de los beneficios considerados actualmente como indispensables en cualquier civilización, e incluso carentes en su mayoría de un trabajo permanente, porque así lo requiere el sistema para un mayor grado de acumulación. Todo esto se ve agravado por el hecho de la dependencia de los centros hegemónicos y de las transnacionales, que hace que el grupo dominante criollo sea propiamente una "lumpenligarqua y burguesía".

Para los estratos medios copio el párrafo escrito en las conclusiones de dicho estudio:

"Entre estos dos extremos: una minoría dominante criolla, y una inmensa mayoría explotada, se extiende una gama de niveles de captación de beneficios sociales, que responde a las exigencias mismas del sistema. En efecto, hacen falta una serie de servidores que mantengan el sistema de dominación interno, de intermediarios que agilicen la explotación, que hagan producir excedentes y ganancias cada

vez mayores; técnicos de distintos niveles y especialidades, para que sirvan a los señores, de dentro y de fuera, y que ayuden a acumular ganancias a costa de la explotación del grupo mayoritario. A estos servidores fieles del sistema se les gratifica con una participación en los beneficios sociales, pero de tal naturaleza que, por un lado, les cierre las puertas de acceso al grupo dominante, y, por otro lado, sea en tal forma diferenciada y estratificada que no los aglutine y convierta en una clase social que amenace el sistema de dominación imperante. Esta desigual distribución de beneficios sociales, las escalas de prestigio que genera, la fidelidad que compromete con los que los privilegian, asegura su solidaridad con los grupos dominantes, la alienación de su realidad de dominados y explotados, su desclasamiento del resto mayoritario de la población, y su marginación de esa realidad nacional". (Montes, 1979a. 322-323).

El aspecto ideológico-político es mucho más difícil de cuantificar y de medir, ya que además de los condicionamientos materiales y objetivos actúan mecanismos de índole ideológica, social y psicológica muy diversos. Uno de ellos, muy importante en El Salvador y en toda la América Latina, es el de los lazos derivados del compadrazgo, que originan fidelidades religiosas y sociales muy estrechas, con incidencias importantes en movimientos sociales y revolucionarios como los del levantamiento campesino de 1932 en parte de El Salvador (Montes, 1979, 177-200).

La falta de correlación entre la extracción de clase y la oposición ideológica y política de clase se manifiesta en su mayor agudeza en el estamento militar (Andino Martínez). Los miembros de dicho estamento, en su inmensa mayoría, provienen de los estratos inferiores, en El Salvador. Sin embargo, constituyen uno de los elementos fundamentales del Estado, y el instrumento principal de la minoría dominante para imponer su proyecto de nación. Con todo, los acontecimientos ocurridos a partir del 15 de octubre de 1979, indican que el estamento militar no es del todo impermeable a una ideología más comprometida con el pueblo y a una opción política consecuente.

Algo distinto ocurre con un estamento importante, el de "jerarquía-clero-religiosos" de la Iglesia católica. También su extracción de clase es mayoritariamente de los estratos inferiores de la sociedad, y su ideología es parte importante

del aparato ideológico oficial. Sin embargo, y en los últimos años, una considerable mayoría del clero-religiosos ha tomado una opción pastoral liberadora, lo que ha roto muchas barreras ideológicas en el pueblo para que tome una opción política de clase. Con todo, la mayor parte de la jerarquía, y un porcentaje considerable de clero-religiosos, todavía sostiene una opción pastoral e ideológica no consecuente con su extracción de clase ni con la realidad material del pueblo.

En cuanto a la ideología y a la opción política del pueblo, es difícil poderla medir y cuantificar, y tanto más en las circunstancias socio-políticas que vive el país, y con las restricciones que se le imponen al científico social. Una visión macroscópica y aproximativa se ha podido realizar en distintos trabajos (Campos; López Vallecillos; Paredes; Samayoa; Sobrino), lo que nos muestra que la organización popular ha ido en rápido crecimiento, y las manifestaciones públicas parecen indicar que entre afiliados y simpatizantes pueden constituir mayoría en los estratos inferiores, tanto rurales como urbanos. Por el contrario, la "supresión legal" de ORDEN, por decreto de la primera Junta Revolucionaria de Gobierno, y el que no hayan mostrado públicamente a sus afiliados en los últimos meses, dificulta conocer la cuantía de sus militantes, aunque consta que se eleva a muchos miles. Por otro lado, la Unión Comunal Salvadoreña (UCS), aliada política y social del actual gobierno en la implementación de la reforma agraria, contaba con más de 100,000 afiliados antes de haber tomado dicha opción política (Montes, 1980, 209-212; 271-284; 299-316).

Ya en zonas rurales concretas, la investigación realizada me ha esclarecido que la opción ideológica y política está condicionada por diversos factores. Desde el punto de vista económico, los medianos y grandes propietarios optan preferentemente por ORDEN, mientras que los pequeños y semiproletarios por la organización popular; los proletarios rurales, en cambio, casi indistintamente optan por ambas afiliaciones, dependiendo de variables ajenas a lo económico. Desde el punto de vista social, los vinculados por compadrazgo y por fidelidades de tipo no capitalista (colonato, etc.) están muy ligados a sus señores y a la ideología que éstos sustentan, viéndose comprometidos a defender los intereses de aquéllos —algo similar ocurre con los beneficiarios de proyectos gubernamentales—. Desde el punto de vista religioso, por un lado los se-

guidores de religiones protestantes mayoritariamente militan en ORDEN o se abstienen de toda participación política, lo que es lo mismo que apoyar pasivamente al sistema; mientras que los que profesan la religión católica, sobre todo en las parroquias en las que la pastoral ha seguido las pautas del Concilio Vaticano II y de Medellín, optan preferentemente por la organización popular —y no tanto los de parroquias tradicionales, aunque la predicación de Mons. Romero ha influido también en éstos—.

Por último, los que han prestado servicio militar y permanecen en la reserva, o en las patrullas cantonales, están articulados con ORDEN y con el gobierno; mientras que los que han sido constituidos en "predicadores de la palabra" y promovidos por la parroquia, reciben de allí autoridad derivada, lo que les hace entrar en lucha con los linajes dominantes en su caserío o aldea y con los líderes tradicionales, y la organización popular puede reforzar su poder emergente (Ibidem, 220-336).

La opción política, por lo tanto, no se sigue mecánicamente de la pertenencia a una determinada clase social, y el sistema hace penetrar una ideología acorde con sus fines hasta los más recónditos lugares del país. Un ejemplo esclarecedor es el de la ideología de la propiedad privada de la tierra. En El Salvador hasta finales del siglo pasado ha existido la propiedad comunal. Los precolombinos no conocían otro tipo de propiedad que la comunal. Los españoles preservaron la propiedad comunal de la población indígena, aportaron una modalidad española de la misma, con los ejidos, e introdujeron la propiedad privada de la tierra, que se fue haciendo predominante a medida que el mercado mundial exigía productos cultivables allí. La reforma agraria liberal de 1881-82 suprimió la propiedad comunal y los ejidos, emitió leyes contra la vagancia y creó una guardia rural para perseguir a los "vagos" (los que no tenían tierras en propiedad ni un trabajo asalariado fijo), para llevarlos forzosamente a trabajar en las plantaciones de café. Pues bien, a menos de un siglo de tales medidas, y a pesar de que ellas llevaron gran conflictividad y violencia al campo que se aferraba a sus modos ancestrales de propiedad, el campesinado (en menor grado el colono y el peón) se resiste a reformas agrarias de tipo colectivista o cooperativista, y en su mayoría anhela su parcela en la que subsistir —con las raras excepciones de experiencias o de aspiraciones más ideológicas

que prácticas de alguna organización popular— (Ibidem, 154 y ss.)

4. Conclusión.

La estructura social de cualquier pueblo o sociedad es sumamente compleja. El querer analizarla presenta dificultades casi insalvables, y cualquier marco teórico que se escoja es limitante, porque la realidad es fluida y concreta, mientras que las categorías analíticas son elaboradas y "típicas" —en el sentido de Max Weber—. Más aún, en un artículo de las limitaciones de tiempo y espacio como el presente, no se pueden ofrecer más que generalidades o esbozos de análisis.

El Salvador, como hemos visto, tiene un proyecto de nación, elaborado e impuesto por una minoría, que a su vez es dependiente de los grandes poderes foráneos. Este proyecto configura una estructura concreta, que privilegia a una minoría a costa de la explotación y opresión de las grandes mayorías del país, mientras que estratifica a otra minoría necesaria para los mandos intermedios y para el funcionamiento de todo el sistema de acuerdo a los intereses prevalentes ligándola en forma personal por medio de gratificaciones y pseudoprivilegios que garantizan las fidelidades y profundizan la alienación impuesta desde la clase dominante.

Por su parte, la vivencia de su realidad, que posibilitaría y generaría la toma de conciencia de clase, no hace que ésta se adquiera ni automática ni mecánicamente, sino que ahí entra en juego la lucha de las ideologías, y los agentes externos son determinantes. Con todo, la lucha que se libra a todos los niveles, ha hecho que la opción política sea cada vez más generalizada y radical, bien en las organizaciones propiciadas por el gobierno y el sistema, como ORDEN, bien en las surgidas del seno mismo del pueblo, como las organizaciones populares. En el momento presente esa lucha de clases ha superado el nivel ideológico y de afiliación, y se entabla en el terreno de las armas.

Bibliografía utilizada

- Andino Martínez, Carlos, "El estamento militar en El Salvador"; en Revista ECA, julio-agosto 1979, págs. 615-630.
- Campos, Tomás R., "El papel de las organizaciones populares en la actual situación del país"; ibidem, octubre-noviembre 1979, págs. 923-946.
- Colindres, Eduardo, *Fundamentos económicos de la burguesía salvadoreña*; San Salvador, UCA/Editores, 1977.
- Departamento de Ciencias Políticas y Sociología, *Evolución histórica del sector público en El Salvador*, (Parte salvadoreña de la Investigación UCA-ICAP-Fundación Ford: *Evolución histórica del sector público en Centroamérica y Panamá*); San Salvador, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, agosto de 1980 (mimeo).
- Flores Pinel, Fernando, "El Golpe de Estado en El Salvador, ¿Un camino hacia la democratización?"; en revista ECA, octubre-noviembre 1979, págs. 885-904.
- López Vallecillos, Italo, "Fuerzas sociales y cambio social en El Salvador"; ibidem, julio-agosto 1979, págs. 557-590.
- Idem y Orellana, Víctor Antonio, "La unidad popular y el surgimiento del Frente Democrático Revolucionario"; ibidem, marzo-abril 1980, págs. 183-206.
- Martin-Baró, Ignacio, "Fantasmas sobre un gobierno popular en El Salvador"; ibidem, marzo-abril 1980, págs. 277-290.
- Montes, Segundo, *El compadrazgo*, Una estructura de poder en El Salvador; San Salvador, UCA/Editores, 1979.
- Idem, *Estudios sobre estratificación social en El Salvador*; San Salvador, Publicaciones del Departamento de Sociología y Ciencias Políticas, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, 1979a.
- Idem, *El agro salvadoreño (1973-1980)*; ibidem, 1980.
- Idem, "La estratificación social ¿'Funcional' para qué tipo de sociedad?"; en Revista ECA, enero-febrero 1980a, págs. 55-72.
- Idem, "Las clases medias"; en Boletín de Ciencias Económicas y Sociales; San Salvador, Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, marzo-abril 1980b.
- Idem, "Los sectores medios en El Salvador: historia y perspectivas"; en Revista ECA, agosto 1981, págs. 753-772.
- Paredes, Iván D., "La situación de la Iglesia católica en El Salvador y su influjo social"; en Revista ECA, julio-agosto 1979, págs. 601-614.
- Samayoa, Salvador y Galván, Guillermo, *El movimiento obrero en El Salvador ¿resurgimiento o agitación?*; ibidem, julio-agosto 1979, págs. 591-600.
- Sobrino, Jon, "La Iglesia en el actual proceso del país"; ibidem, págs. 905-922.
- Idem, "Monseñor Romero: Mártir de la liberación. Análisis teológico de su figura y su obra"; ibidem, marzo-abril 1980, págs. 253-276.

